



## **Constelación 8.0**

### **Constellation 8.0**

Proponer una ciudad mágicamente suspendida en el aire, una verdadera Ville Spatiale en la que los ciudadanos pudiesen elegir cómo vivir, colocó al arquitecto y teórico Yona Friedman en una posición más que influyente en el turbulento debate arquitectónico de los años 60. En un mundo contradictorio en el que confluían el consumo como nuevo y potente motor de la economía y un posbélico ambiente social de austeridad, donde el peso de la política en la arquitectura comenzaba a anunciar las aspiraciones de transformación de mayo del 68 francés y el movimiento hippie norteamericano, la figura de Friedman resultaba premonitoria y sumamente atractiva.

Nacido en la ciudad húngara de Budapest en 1923, en el seno de una familia judía, Yona Friedman logró escapar de la persecución nazi y refugiarse en Israel, donde permaneció más de una década desde el final de la guerra. Después se instaló en París donde acabó convirtiéndose en ciudadano francés a finales de los años 60. Para entonces y con su manifiesto *L'Architecture Mobile* publicado en 1958, Friedman era uno de los personajes de referencia del panorama urbanístico internacional, aunque no por sus inocentes dibujos que representaban una utópica ciudad del futuro, sino por el cambio de signo de las relaciones de la ciudad y la ciencia social. Su carrera, en la que se mezclaban la arquitectura y el urbanismo, el activismo y la teoría, el arte (participó en varias bienales, incluso en el Documenta 11 de Kassel, en 2002) y el mundo de la animación, continúa haciendo de Friedman alguien sumamente atractivo para el mundo académico. Sin él se hace difícil entender hoy la vigencia de aquellos vínculos entre política y arquitectura. Su defensa de la toma de decisiones de la ciudad y la arquitectura basada en el juego y en un personal entendimiento de la democracia ha resultado premonitoria de muchos de los discursos y de las problemáticas en las que estamos sumergidos hoy en día. Pero, ¿era Yona Friedman solo eso?

Pasados más de sesenta años del lanzamiento de su utopía y con motivo de su reciente desaparición, no deja de sorprender cómo su sombra se

Proposing a city suspended magically in the air, a real Ville Spatiale in which citizens could choose how to live, placed the architect and theoretician Yona Friedman in a more than influential position in the turbulent architectural debate of the sixties. In an inconsistent world in which consumption, as a powerful new engine of the economy, came together with a post-war time of social austerity, where the weight of politics in architecture began to announce the transformative aspirations emerging in France in May 68 and North American hippie movement, the figure of Friedman was premonitory and extremely attractive.

Born in the Hungarian city of Budapest in 1923 into a Jewish family, Yona Friedman managed to escape Nazi persecution and take refuge in Israel, where he lived for more than a decade since the end of the war. He then moved to Paris where he eventually became a French citizen in the late 1960s. By then and with his manifesto *L'Architecture Mobile* published in 1958, Friedman became one of the leading figures in the international urban landscape, though not because of his innocent drawings representing a utopian city of the future, but because of the change in the relations between the city and social sciences. His career, which mixed architecture and urbanism, activism and theory, art (he participated in several Biennials even the Documenta 11 of Kassel, in 2002) and the world of animation, continues making Friedman extremely attractive to the academic world. Without him, it would be difficult to understand today the validity of those links between politics and architecture. His defence of game as the basis of the decision-making process for the city and architecture and a personal comprehension of democracy has been premonitory to many of the discourses and problems we are today immersed in. But, was Yona Friedman just that?

ha prolongado más allá de lo que cabía esperar para un simple conjunto de imprecisos collages y hermosos dibujos a rotulador. En realidad, tal vez su vasta influencia no solo se deba a su festivo y despreocupado invento de enormes estructuras que sobrevolaban las principales ciudades del mundo, y que tanta huella dejaron en el “megaestructuralismo” o el metabolismo, entre otras muchas propuestas y actitudes utopistas.

Porque, más allá de la vigencia del activismo social, más allá de las evidentes insuficiencias analíticas, técnicas y prácticas de las que adolecía su programa arquitectónico, el más profundo legado de su trabajo puede que se encuentre concentrado en el carácter lúdico y alegre de su producción. Ese era el secreto motor de su éxito y su verdadera enseñanza. Tal vez por ello merezca que sus dibujos sean el perfecto material constelativo para todo aquel dedicado al ingente trabajo de revisar la arquitectura que se ha construido, proyectado o simplemente concebido y bocetado. Friedman, antes que un arquitecto imaginativo, antes que un político encubierto, antes que un polemista provocador, era un propagador de ese necesario y poderoso virus que es la alegría.

Sirvan, pues, las imágenes de su obra para coser cada uno de los artículos de este octavo número de *Constelaciones*. Y para recordarnos que la producción, la investigación y la comunicación de la arquitectura están impulsadas por esa misma alegría. La alegría de soñar en voz alta un mundo mejor, o al menos un hábitat más humano, más participativo y democrático, más acogedor y satisfactorio. Esa alegría es la que podrá encontrar también el lector de *Constelaciones* en los diferentes y ricos artículos que componen este número.

PS: Los acontecimientos que todavía estamos viviendo tras la escritura de este editorial dejan la pérdida de Friedman en un episodio triste pero desgraciadamente puntual. Tras él, el drama planetario provocado por un minúsculo virus nos obliga a reflexionar más allá. El fallecimiento del arquitecto y crítico Michael Sorkin, de su colega italiano Vittorio

More than sixty years after the launch of his utopia and after his recent disappearance, it is surprising how his shade has spread beyond than could be expected from a simple set of imprecise collages and beautiful marker drawings. In fact, his vast influence may be due not only to his festive and carefree invention of large structures that overflow the world's major cities, leaving such an imprint on Mega-Structuralism or Metabolism, among many other utopian proposals and attitudes.

Because, more than the currency of social activism, more than the obvious analytical, technical and practical deficiencies of his architectural program, it might be the ludic and joyful nature of his production that condenses the most profound legacy of his work. That was the secret engine of his success and his authentic teaching. Perhaps, for this reason, his drawings deserve to be the perfect constellative material for everyone dedicated to the enormous work of reviewing the built, projected or simply conceived and sketched architecture. Friedman, rather than an imaginative architect, a covert politician, or a provocative polemicist, was a propagator of that necessary and powerful virus that is joy.

Therefore, let the images of his work sew together the articles of this eighth issue of *Constelaciones* and remind us that the production, research and communication of architecture are driven by that same joy. It is the joy of dreaming aloud about a better world, or at least a more humane habitat, more participative and democratic, more welcoming and satisfying. That joy is what the reader of *Constelaciones* will also find in the different and rich articles that make up this issue.

Gregotti, la pérdida del querido profesor de nuestra universidad Juan Martín Baranda –a quien nos gustaría dedicar este número– y muchos otros, millares, todos ellos por el injusto coronavirus, hace necesario no solo rendirles un tributo colectivo sino pensar en el futuro de un modo diferente. ¿Cómo será el mundo de después de esta crisis planetaria? ¿Cómo podremos contribuir los arquitectos a que sea mejor? Tal vez sea necesario mucho tiempo y mucha de la alegría de Friedman para responder acertadamente.

Juan García Millán, Santiago de Molina

PS: The events that we are still living after writing this editorial turn the loss of Friedman into a sad but unfortunately particular episode. After it, the planetary drama caused by a tiny virus forces us to reflect further. The death of the architect and critic Michael Sorkin and his Italian colleague Vittorio Gregotti, the loss of our beloved university professor Juan Martín Baranda –to whom we would like to pay tribute with this issue– and many others, thousands, all of them by the unfair Coronavirus, makes it necessary not only to pay them a collective homage but to think about the future differently. What will the world look like after this planetary crisis? How can we architects contribute to making it better? It may take a long time and a lot of Friedman's joy to respond correctly.

